



CARACAS
APARTADO 628.

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 18 - N° 177
JUL. - ACTO. 1955

"Vencido el paludismo, hay que eliminar el rancho"; reza una inscripción —consigna en los muros del Instituto Nacional de Malariología (Maracay). Cuando en reciente visita transcribimos este lema, percibíamos su vibración épica y su acento de proclama guerrera.

Y es que el Instituto del Dr. Gabaldón siente, sin duda, el orgullo de haber ganado para la Patria una auténtica batalla de grandiosas proyecciones sociales: "Vencido el paludismo..." Victoria de la ciencia y de la disciplina organizadora que ha restituido a la producción vastos territorios de la Patria, ayer estériles por inhabitables. Ha salvado miles de vidas por año, tan necesarias en una nación de impresionante pobreza demográfica. Ha contribuido, salvando la vida de los padres, al aumento de la natalidad. Y, contribuyendo en primera línea con las magníficas campañas nacionales contra la mortalidad infantil, ha engrosado con venezolanos útiles la nueva generación que surge, hasta el punto de crear para Venezuela un nuevo problema económico-social: la necesidad de preparar para el próximo decenio nuevas fuentes de trabajo para una población que crece en proporción desconocida por puro aumento vegetativo, sin contar con la incoercible corriente inmigratoria.

"Vencido el paludismo..." La dimensión de esta victoria está expresada en reciente discurso del Presidente de Venezuela, al afirmar que la mortalidad por paludismo había descendido, en 1954, al 0,8 por cada 100.000 habitantes. Hace un decenio se elevaba a 120 para cada 100.000 habitantes y ocupaba el tercer lugar entre las enfermedades de más alto porcentaje de mortalidad. Acaba de descender al vigésimo sexto lugar.

"Vencido el paludismo, hay que eliminar el rancho". En términos estratégicos la consigna parece expresar que el próximo objetivo de la campaña sanitaria venezolana debe ser la eliminación del rancho.

Y ¿por qué precisamente el rancho?

Recordemos que el censo nacional de 1950 recoge los siguientes datos impresionantes, que hicimos públicos en el número 174 de SIC, correspondiente al pasado mes de Abril. Para 875.704 grupos familiares existen en Venezuela 403.803 ranchos: casi el 50 por ciento. De ellos 337.668 tienen techo de paja o palma. En general, 456.180 casas venezolanas tienen suelo de tierra; 515.410, no tienen ningún servicio sanitario; más de 500.000 carecen de servicio directo de agua. Es decir que casi el 50 por ciento de las viviendas venezolanas recogen las peores características del rancho.

"Hay que eliminar el rancho"... Por razones de estética: aunque sea el argumento menos profundo de cuantos vamos a mencionar. No es dudable que los ranchos de los cerros de Caracas son un contraste violento frente al lujo de las recientes avenidas, autopistas y torres-rascacielos del Centro Bolívar. Y sólo por este respecto tendría alguna justificación la campaña municipal de los bloques y superbloques. Un contraste igualmente agudo se advierte entre las espléndidas carreteras asfaltadas del Interior de la República y los ranchos de paja que se descubren a la orilla de esas arterias viales modelo.

"Hay que eliminar el rancho"... Por motivos mucho más profundos de orden social; ya que no podrá evitarse el pavoroso problema del éxodo rural, si el campesino no encuentra en el campo los medios elementales para una vida humana. Queremos recalcar esta idea, porque a nuestro entender la campaña de las urbanizaciones populares urbanas será siempre insuficiente mientras

**UNA
REVOLUCION
EN EL CAMPO:
VIVIENDAS DE
TIERRA-CEMENTO**

no se ataque en su raíz la causa íntima del éxodo rural. Cuando hayamos colocado en espléndidos superbloques los 300.000 habitantes de nuestros cerros, llegarán otros 300.000 campesinos del Interior a cobijarse bajo los puentes y a pelearse las colinas más o menos próximas al centro de la ciudad de Caracas. Si queremos poner un coto a los ranchos urbanos, hemos de cegar la fuente del éxodo rural con una campaña generosa en pro de la vivienda campesina. Obrar de otro modo sería querer tapar en el cieloraso las goteras de una casa, sin arreglar las tejas rotas del techo.

"Hay que eliminar el rancho..." hasta por motivos elementales de orden moral; ya que nuestros ranchos suburbanos y campesinos son generalmente viviendas de un solo aposento, en promiscuidad lamentable de animales y hombres; y de hombres de toda edad, condición y sexo.

"Hay que eliminar el rancho" ...Sobre todo y principalmente por motivos de orden sanitario.

Tres son los problemas de orden sanitario que viene a crear el rancho. Podemos expresarlos en tres palabras: escretas; agua; y vectores de enfermedades (insectos parasitarios).

Es indudable el mérito de las campañas nacionales del INOS en el problema del agua. Magníficos los resultados obtenidos por la División de Ingeniería Sanitaria en la construcción de 12.000 letrinas por año junto a las viviendas campesinas. Campaña ejemplar ya que se cimenta en la previa educación del campesino, al que se le hace pedir la cooperación de los equipos sanitarios, contribuir a la construcción del pozo y pagar por cuotas mínimas la letrina construída.

Contra los vectores de enfermedades (insectos parasitarios), que se anidan en los techos de paja de los ranchos, ha iniciado el Instituto Nacional de Malariología una campaña por medio de fumigaciones del efficacísimo insecticida Dieldrin. Esta campaña insecticida se dirige principalmente contra el Chipo, una suerte de chinche, llamado *Romnius prolixus*, que se cría en los techos de paja y tiene un doble efecto pernicioso: desprendiéndose del techo chupa la sangre de los moradores a razón de medio centímetro cúbico por día. Como se ha comprobado que en cada rancho anidan de 1.000 a 1.200 chipos se comprende el destrozo orgánico que puede producir; sus efectos inmediatos son: insomnio y anemia, especialmente graves en gentes campesinas desnutridas.

El segundo efecto del Chipo es el Mal de Chagas (del Dr. Chagas, brasileño, que lo descubrió). Se comunica por el microbio *Trimponosoma americano* (*Schizotripanum Crucei*, que recuerda el nombre de Oswaldo Cruz uno de sus investigadores y víctimas). De los perniciosos efectos: cardiopatías etc., del mal de Chagas se ha dado en Venezuela amplia información, al publicarse las pacientes y merítísimas investigaciones del Dr. Torrealba.

La campaña insecticida del Instituto de Malariología se dirige principalmente contra el Chipo y es momentáneamente eficaz. Pero al decir momentáneamente eficaz queremos expresar que se renueva con la perduración de los ranchos.

La solución.- No puede hallarse sino en la eliminación de los ranchos de paja. Hace más de un lustro que el Dr. Gabaldón y sus colaboradores más inmediatos —Doctores Berti y Carrillo— han concentrado su interés en esta segunda fase del victorioso combate que están librando en favor de la sanidad en el campo venezolano.

Una solución parcial constituyen los techos de zinc que felizmente se han multiplicado en grandes sectores campesinos de la nación. Pero es incompleta.

El Instituto de Malariología ha movilizado ingenieros y arquitectos para estudiar un modelo de casa rural: económico, higiénico y estético. Y los resultados son tan satisfactorios que creemos asistir a la aurora de una era revolucionaria para el campo venezolano. Nos referimos a las viviendas de tierra-cemento.

Tierra-cemento es una aleación de 10 porciones de tierra por una de cemento que dá bloques, suelos y techos de insospechable solidez. Nunca lo hubiéramos creído sin haberlo comprobado personalmente en el taller-escuela del Instituto y en varios edificios, construídos ya en los Valles de Aragua: escuelas, dispensarios, casas sub-urbanas y casas campesinas. En el Instituto se exhibe un bloque que lleva tres años superando el choque ininterrumpido de un chorrillo de agua. Las paredes construídas con esta clase de bloques ofrecen

una resistencia perfecta, y los techos, con viguetas de tosca madera y un enrejado de caña amarga, resultan de una frescura envidiable en tierra tropical.

Para estas construcciones el arquitecto Filippone ha elaborado los más variados planos, que el Instituto facilita a los interesados juntamente con un folleto explicativo de todo el proceso de fabricación y aplicación de la tierra-cemento.

La consecuencia práctica es la siguiente. El campesino, sin gastar apenas en materiales más dinero de lo que hoy emplea en su rancho, puede fabricar —si interviene él mismo con su familia en la construcción— una casa modelo de tres cuartos, baño, comedor y cocina. Las Demostradoras del Hogar Campesino exhiben en la Escuela Práctica de Agricultura de Maracay una de estas casitas campesinas de tierra-cemento, que ellas mismas han construido. Su costo en materiales: cemento, viguetas de madera, caña amarga y tablas, apenas supera a los 1.500 bolívares. Se supone siempre que la mano de obra la pone el propio campesino con su familia.

No es este el lugar apropiado para ofrecer detalles de esta innovación constructora, que juzgamos de proyecciones revolucionarias. Su aplicación supone, sin embargo, una previa labor educativa: enseñarle al campesino a elaborar sus propios bloques en moldes de madera y latón construido de su mano; y a levantar la casa, de elegante simplicidad y limpieza, a base de los planos que le ofrece el Instituto.

Si el Dr. Gabaldón y sus colaboradores dedicaran 10 equipos, similares a los que consagran a la dedetización, para recorrer los campos venezolanos, enseñando a los campesinos la aplicación práctica de las viviendas tierra-cemento, habrían realizado la segunda parte de su victoriosa campaña sanitaria con una manifiesta superioridad sobre la primera. En la campaña dedetizadora la intervención directa de la ciudadanía ha sido lamentablemente escasa. Ha fallado la previa educación de los beneficiarios. Sin duda se justifica esta deficiencia por la imperiosa necesidad de acelerar la campaña anti-palúdica con el fin de salvar vidas en inminente peligro. Pero si hoy, por un fenómeno de precipitado empobrecimiento de la patria, el Estado mismo no pudiera realizar la dedetización de las casas, rebrotaría la plaga del paludismo, porque muchos ciudadanos no están educados para realizar el mínimo esfuerzo económico, que supone la dedetización de sus propias casas.

En cambio la campaña descrita en favor de las viviendas de tierra-cemento implica precisamente la preparación del campesino para realizar personalmente la revolucionaria campaña que supone la eliminación del rancho.

Nosotros insinuaríamos al Instituto de Malariología que no se contentara con interesar solamente al Estado en la batalla de las viviendas tierra-cemento. Sería decisivo informar e interesar en la campaña al Clero joven, que estudia en el Seminario Interdiocesano de Caracas. Allí se forman los párrocos que han de esparcirse por todos los sectores rurales de Venezuela, en quienes el campesino deposita una confianza superior a la que concede a los técnicos.

Una propaganda similar debería realizarse en las Normales de Maestros y en los grupos directivos de las Ligas Agrarias Católicas.

El Gobierno de Venezuela tiene en su mano todos los elementos para una empresa revolucionaria en el sector campesino: un Instituto Técnico en marcha para realizarla; Escuela de Aprendizaje; y hasta literatura, lista para una propaganda de las proporciones que quieren alcanzarse.

Somos testigos de que las viviendas de tierra-cemento llaman poderosamente la atención de los numerosos técnicos que visitan el Instituto Nacional de Malariología. Algunos de ellos hablan con entusiasmo de propiciar su aplicación en sus respectivos países. Sería lamentable que Venezuela quedara rezagada en esa batalla. Venezuela que posee la solución simplicísima, que exterminaría la anemia, la anquilostomiasis y el mal de Chagas de nuestros campos; que haría humana y grata la sosegada vida rural; que pondría una nota de belleza y estética en nuestros panoramas montañosos y llaneros, constelándolos de casitas blancas y vistosas.

Una auténtica revolución en el campo que bastaría para hacer glorioso un entero régimen de Gobierno.

M. A. E.